



Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

Emilio Thuillier, Caricatura de CILLA



«Las romanas, caprichosas,
las costumbres, licenciosas,
yo gallardo y calavera.
Quién á cuento redujera
mis empresas amorosas.»

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—MADRID CÓMICO, por Celso Lucio.—Cochinadas, por Eduardo de Palacio.—¿Tenorios á mi?... por Alberto Lozano.—Domingo, por Luis Gabaldón, ilustraciones de Sancha.—Vade retro, por Manuel Lassa y Nuño.—Carta, por Francisco Flores García.—A tal tío..., por Luis Bonafoux.—¡No se me olvida!, por Juan Pérez Zúñiga.—Paris al vuelo, por Fray Candil.—Chismes y Cuentos.—Correspondencia particular.

GRABADOS: Emilio Thuillier, caricatura de Cilla.—El orden de los factores sí altera el producto, por Tur.—Los coquetones, por Verdugo Landi.—Frasas del «Tenorios», por Cilla.—Filarmonía, por Leal da Camara.—Cabeceras artísticas de Cilla y Navarrete.



DE TODO UN POCO

Dios pague á Clarín, «mi entrañab'e amigo»—pese á los *viles calumniadores* que han querido enemistarme con él — las frases de consuelo que me dedica en el último número de este semanario.

Bien sabía yo que mis justas quejas encontrarían eco en el generoso corazón del amigo ausente y que, sin dejar de llamarme feo, cosa muy puesta en razón,

reconocería que Sancha ha mixtificado mis facciones.

Que el cielo colme de venturas á la adorable familia del insigne escritor, por haber reconocido, de un modo tácito, que la *effigies* dibujada por el pícaro caricaturista, no es todo lo *vera* que fuere de desear.

Bien comprendo, ¡oh amigo del alma, que no es la belleza física lo que engrandece á la criatura! Demóstenes era feo, Mirabeau también, Alcalá Galiano no se diga, y el mismo D. Antonio Cánovas del Castillo (que de Dios goce), tenía que agradecer muy poco á la madre Naturaleza en cuanto á dotes personales.

En cambio, ¿de qué le sirve á Villaverde tener una caída de ojos preciosa? ¿Va á salvar la Hacienda por eso?

Pues bien; á pesar de mi íntima convicción de que *no es la tierra el centro de las almas*, me he sentido muy contrariado al ver que el dibujante exageraba mis defectos físicos; y no cesaba de preguntarme á solas, contemplando la malévola caricatura:

—¿Es este mi bigote? No. ¿Tengo yo estas narices? No. ¿Debo tranquilizarme? No.

E intranquilo hubiera estado hasta el fin de mis días, si no es por las frases cariñosas de Clarín y los recuerdos que evoca de mi risueña y dulce juventud.

Tiene razón mi excelente amigo. De tener el rostro como asegura Sancha bajo la fe de su lápiz, ¿hubiera yo sido amado tantas veces? Y, sin embargo, aún recuerdo con el corazón palpitante aquellos días venturosos en que una mujer hermosa, ébria de pasión, apoyaba la frente en mi seno murmurando:

—¡Te amo, sí, te amo como una *dementa!*

En Vigo fué donde una joven chata, hija de un teniente de carabinieri, se envenenó por mí con caparrosa; y en Madrid, calle de Tudescos, 98, estuve á punto de que me raptase la cuñada de un amigo que «no hizo más que verme y amarme», según decía ella, poseída del vértigo.

En casa poseo documentos que pongo á disposición de los lectores, en los que consta de un modo terminante que he sido amado más de una vez; hay una mujer en el mundo, hoy caracterista de una compañía de zarzuela, que estuvo loca dos meses á causa de mi desvío y le daba la locura por decir que ella era Santa María de la Cabeza y yo San Isidro Labrador, hasta que, á fuerza de fricciones en el vientre, se le fué quitando la locura.

Obran en mi poder varias trenzas de pelo, testimonios mudos de mis conquistas amorosas; y tengo junto á la barba una cicatriz producida por el vitriolo... Sí, el vitriolo, arrojado á mi faz, en un arranque de celos, por una patrona romántica.

—Ya que tu físico es la causa de que te amen otras mujeres, quiero desfigurarte—exclamó la desesperada pupilera en el momento de lanzar el líquido corrosivo.—¡O mía ó de nadie!

¿Qué quiere decir esto? Pues quiere decir que algo tendría mi faz, cuando por ella se volvían locas las mujeres.

Clarín me ha conocido joven y casi esbelto.

No diré que yo fuese un Thuillier, pero tampoco asustaba por mi fealdad. Tenía —¿por qué negarlo?— algo gruesa la nariz, un poco grande la boca y bastante salientes los pómulos, pero todos los de-

más detalles de mi fisonomía eran agraciados y sobre todo, cuando me ponía una corbata azul celeste, con pintas, las mujeres me encontraban hasta hermoso.

Todo esto lo digo para que se convenza el público de lo mal que me ha tratado Sancha.

Clarín tampoco ha sido feo, y aun hoy es uno de tantos hombres agradables que se pasean por ahí; y, sin embargo, al ver su caricatura en el último número de este periódico, habrá quien diga que aquél más que un hombre, parece un murciélagó alevoso.

Aunque él asegure que no ha sido amado nunca, ríanse ustedes de la afirmación.

Muy amado fué, y lo que es más, muy perseguido por la mujer enamorada... y digo yo, repitiendo el silogismo del ilustre literato:

¿De tener el rostro tal como lo ha dibujado el caricaturista, hubiese sido amado Clarín?

LUIS TABOADA

«Madrid Cómico».

(Á MANOLITO PASO)

¿Si me acuerdo, dices?
¡Vaya si me acuerdo!
Aunque por fortuna
cambiaron los tiempos
y quiso la suerte
llevarnos al puerto,
aquellos de lucha
sin paz ni sosiego,
bregando en la sombra
con fe y ardimiento,
son tiempos que á veces
con gusto recuerdo,
que si la victoria
signió al rudo empeño.
¡Se piensa en la lucha
con recogimiento!
¿Si me acuerdo dices?
¡Vaya si me acuerdo!

¡Qué afán por la fama,
qué envidia del genio,
qué gran entusiasmo,
qué poco dinero!
Las penas... se ahogaban
á fuerza de versos
y á cada disgusto
surgía un soneto.
Para publicarlos
qué luchas, qué anhelos
¡aquel MADRID CÓMICO
de nuestros ensueños,
con firmas de Ramos,
Vital y Luceño
y aquella portada

denuncia de un genio
de cabeza grande,
de cuerpo pequeño,
llegar á alcanzarle
formar entre aquellos
la meta del arte,
la entrada en el templo!...

Vuelve el MADRID CÓMICO
como en otros tiempos,
y al igual que entonces
cumplirá su empeño,
le honrarán las firmas
de aquellos maestros,
y será la puerta
sagrada del templo.
¡Banderín de enganche
de poetas nuevos!
Vital, López Silva,
Fiacro, Sinesio,
por allí pasaron
ó de allí salieron.

Todo el que á la lucha
se encuentre dispuesto
y sienta en el alma
la envidia del genio
y tenga entusiasmo
y poco dinero,
ya tiene el camino
marcado de nuevo.
¡La puerta está franca,
ánimo y adentro!

CELSO LUCIO

Cochinadas.

No se alarmen ustedes, que no aludo á hombres y actos políticos, ni á literatos y cosas literarias, ni á teatros y salones de colores (Q. E. P. D.), ni á costumbres de enseñanza libre de ambos sexos.

Llegó el momento histórico.

Momento horrible.

Todos los años, en estos días, se repite la sangrienta hecatombe.

Heca-tombe: Hé aquí la tumba, según traducción del griego, por uno natural.

Ya están las familias de las víctimas propiciatorias, bañándose en agua de rosas—hipérbole admitida—pensando en el día ó en los días de las ejecuciones «á domicilio».

¡Siempre lo mismo!

Y no se levanta un gruñido en són de protesta contra esos crímenes tolerados y aun pedidos por las muchedumbres, ávidas de sangre y de esterminio y voraces de ordinario.

Ni un chico orador parlamentario que en medio de la *cochinera* doliente, protesta y declare salvaje la matanza.

Se organiza un Congreso de la paz, no sirve para mejorar las condiciones de la guerra y de los pueblos combatientes.

Pero, por lo menos, consta que se reúnen los representantes de las potencias de primera clase, para ocuparse en el asunto.

El último Congreso resultó «esterilizado», como la leche de vacas á la moda.

Pero ni aun á sabiendas de la inutilidad de las discusiones diplomáticas, se piensa en la convocatoria de una Asamblea internacional, con el propósito de mejorar, siquiera, la matanza de *esos* infelices de Cerda (sin *la*). Se explica la indiferencia de algunos países en el asunto, porque no cuentan en comarcas un solo ejemplar de la especie.

¿Qué les importa la sangrienta epopeya anual?

Viudas, huérfanos — *á orfelinos*, que escriben algunos ahora, también de la especie *br felina* — lloran ó gruñen las pérdidas de sus esposos y padres respectivamente.

Pero sus lágrimas, como de pobres, no llegan á humedecer las manos de los verdugos.

Todo perece; nada es duradero: mueren los hombres que honran á su nación y sucumben los... *otros*, lo mismo que los genios, sin que la humanidad piense en ellos hasta después de la muerte de unos y de otros.

A ciertos hombres de valer, levantan estatuas, después de fallecidos.

Es una compensación algo tardía.

Si hay viudas, las consuelan si pueden y si lo vale.

Si hay huérfanos (los meten en nómina) y á las veces los *asulan*.

Con las familias de los infelices que mueren sacrificados á la gula popular, ni aun tales consuelos emplean los hombres.

España, la nación hidalga y caballeresca, que entre sus nacionales cuenta con una pléyade «numerosa, de varones de alimento», no cuida de mejorar las condiciones de las víctimas, no del trabajo, de la holganza repugnante.

Y para que resulte más cruel la conducta de los españoles afortunados, los hombres holgazanes encuentran protección: los *otros*, los educados y criados para regalo de los hombres parecen sin consuelo.

Y sin embargo... crecen y se multiplican...

Nunca hubo tantos cochinos en nuestra patria, como en nuestros días.

¡Infelices!

¡Y todavía hay asnos que envidian la muerte del cochino!

Es verdad que un cesante vitalicio me decía enternecido:

—¡Quién fuera torero! ó cuando menos, toro, para morir matando.

EDUARDO DE PALACIO

¿Tenorios á mí?...

—Yo soy algo psicólogo, y por eso conozco á la mujer mejor que nadie; soy además un hombre muy corrido, ducho en lides de amor, práctico en lances de osadía y empeño, que requieren acometividad, destreza y arte. Conozco bien el corazón humano, he visto mucho.

—Si, en tus mocedades dicen que te inspirabas en Tenorio, en Mañara, en Bocaccio, en Lovelace; pero yo, con certeza, no aseguro ni niego las citadas cualidades. Desde que soy tu amigo reconozco que eres buen compañero, esposo amante, que te gusta el café, que fumas puro, que lees *El Liberal*, que llegas tarde á la oficina siempre; pero nunca te conocí un enredo, y me complace, pues á tus años lógico es temerle al capitán... si aún quedan capitanes.

—¡Yo no temo á ninguno! Porque veas lo que vi, lo que pasa y lo que vale un personaje como yo, en secreto te haré saber un hecho interesante que no repetirás; él sólo indica mi temple, mi energía y mis arranques. Después del casamiento Inés conserva, como es muy natural, sus amistades, sus parientes, sus... vamos, como todas. Fué antiguo novio suyo Juan Fernández, que luego se hizo amigo de su casa y lo era de la mía; un botarate al cual consideraba inofensivo y desprecié. ¿Comprendes?

—Adelante. —Hace tiempo, al volver de la oficina, me sorprendió encontrar en agradable coloquio á mi señora con el joven, juntos en el sofá. Por el instante no concedí á la escena la importancia que su argumento requirió más tarde. Pero á la misma hora el día siguiente les hallé en el sofá... Me puse grave. ¿Se percataron ellos? No lo afirmo; pues, al día siguiente del percance les hallé en el sofá...

—¡Dale, matraca!

—De prudencia y de seso haciendo alarde les pude sorprender distintas veces en actitudes poco edificantes, sin adquirir por esto la certeza de su falta común. Regaño aparte con mi señora; pero... al otro día les hallé en el sofá ¡lo mismo que antes! Convirtiése aquel mueble en espantosa pesadilla, que se hizo insoportable, por que me iba chocando ya la escena.

—¿La escena del sofá? ¡Si era chocante!

—Pues concebí un proyecto de venganza cegado por los celos y el coraje: cierta mañana le avisé al trápero, ¡y le vendí el sofá en ochenta reales! ¡Calcula el desencanto de mi esposa; la vergüenza y la rabia de Fernández! Me parece que fué recurso práctico digno de mí, que soy todo un carácter. ¿No es verdad, compañero?

—Lo que hiciste me parece un solemne disparate; yo sospecho, y perdona la sospecha, que ahora se sentarán en otra parte. ¿Y tú eres un Tenorio? ¡Decadente!

—Te prueba lo que soy que aquel bergante no estuvo, ni aun de pie, más en mi casa; no por falta de ganas...

—¿Por cobarde? sin duda era un Tenorio *modernista*; vamos, como quien dice, otro... carácter.

ALBERTO LOZANO

El orden de los factores sí altera el producto,

por TUR



El gran mundo.



El mundo grande.



Un mozo de cuerda.



Una cuerda de mozos.



Una entretenida.



Un desocupado.



Domingo.

El domingo es el descanso de la semana, el codiciado descanso para el obrero que, durante ella, sujeto en la fábrica, en el taller ó subido en el andamio, gana con el sudor de sus brazos el pan de los suyos.

Pero el domingo es otro: del cofre salen los cuatro trapitos de limpio y la camisa recién planchada por la mujer, y con los chicos por delante allá va la pareja á pasar la tarde merendando en algún cerrillo de las afueras, buscando alegría, aire y luz.

Para el obrero el domingo es día grande, para los demás, un día corriente, y si se quiere el más aburrido de la semana.



La criada de servir, la ilustre fregona, piensa en el domingo toda la semana; así que ese día, friega mal y deprisa, atropella los platos y sirve á la mesa mirando con el rabillo del ojo al reloj, porque á las dos está citada con una de su pueblo para ir juntas á las Ventas ó á la Fuente de la Teja á bailar al són del organillo ó de la bandurria de los ciegos, á subir á los columpios y á montar en los caballitos del *tío Vivo*, de los que tienen letreritos de Moscou, Santander, Berlín, Jadraque, etc.

Por el camino, y mientras llegan, van charlando de los amos, salen á relucir la vida y milagros de los respectivos señoritos, etc. Ya en el baile, no falta un militar que las obsequie con mojama fina de Alicante, ó *alcagües*, ó bien chufas. Las que son delicadas no aceptan más que agua; después del cumplido, el militar saca á bailar á su pareja, y la tímida doncella, seducida por el correaje y la gallardía del soldado, se entrega al baile, en tanto el organillo sigue quejándose como un reumático.



Al anochecer termina el jaleo; las criadas aprietan el paso; hay que llegar á casa de los amos antes de la hora de la comida, porque, si no, la señorita se ve en el caso de decir: «Pero, Ramona, ¡qué cuajo tiene usted! ¡Vaya una hora! ¡Si no la hubiera dejado salir!»

La criada se mete en la cocina refunfuñando, vuelca en la sopera el puchero de la sopa sin enterarse cómo está, y es claro, luego es el protestar del señorito, que dice: «¡Esto no se puede comer! ¡Es bazofia!»

Pero la criada, en cambio, sueña más tarde con aquel militar tan gallardo, que la ofrecía chufas y altramuces, y la juraba que era del mismc Córdoba.

Otro elemento indispensable: los señoritos chulos, con el sombrero inclinado sobre la cara, el pañuelo cruzando el cuello de la camisa, la americana ajustada al talle, balanceando los brazos con jacarandosos movimientos, como al que le tocan un

pasacalle, pisando firme y hablando recio, porque así deben hablar los hombres curtidos en la vida; el señorito chulo se encamina á uno de los bailes, entra haciéndose cargo del mujerío con una mirada, porque para eso tiene un golpe de vista como nadie, y después se dirige á la que le ha parecido más castiza, diciéndola: «Oiga usted, reina madre, ¿pue ser?»



A la mujer le da una parálisis, se sugestiona y no tiene más remedio que bailar con él; pero eso sí, baila como las propias rosas, grave y solemne con una seriedad digna de un protocolo, como el que se hace cargo.

Porque él no va á las Ventas más que á eso; sus bailecitos, mozas y jándele usted por el mundo! como él dice y ¡buenas van las mascararas! después y aprovechando un descanso, deja á la pareja y sale á refrescar en el próximo merendero, y no falta un amigo que al verle exclama:

—¡Tíes la primer suerte para enloquecer al sexo bello!

—Ya lo ves, ahí la tienes hecha una yema. Y es que para las mujeres soy más infalible que la denticina.

—¡Lo saben las madres, no digas más!

El hortera, el tan calumniado hortera, desde el momento que cierra la puerta de la tienda el sábado por la noche, es un hombre feliz. *No se abre los domingos.* ¡Con qué gusto lee esta

palabra! ¡qué simpático le parece este letrero! En la semana, me decía uno, debía haber dos domingos por lo menos. Y se comprende. El domingo bien temprano se levanta mi hombre, se viste con lo mejor que tiene, uno de los dos trajes que al año le da su principal, se afeita, se corta y hasta se riza el pelo, se frota los sabañones con una lija, como si limpiara una armadura, se coloca una flor en el ojal y compra un puro, el ideal de la felicidad, en el humo de aquel cigarro van las ilusiones de siete días de mostrador.

El hortera, sin embargo, ha seguido otros derroteros: huye de las criadas, tiene otras aspiraciones, y en lugar de las Ventas ó el Puente de Vallecas, como antes, va al teatro á ver dramas, que es lo que más siente; en los horteras brota fácilmente la afición dramática; de ahí que se formen en el comercio tantas sociedades de aficionados con títulos bien expresivos: *Los colaterales de Mátquez*, sociedad dramática, *Los nuevos moldes*, jóvenes modernistas, etc.

Y son felices. Soldados, criadas, modistillas y horteras, tienen un día bueno, abierto por entero á la juventud y al amor.

No todos pueden decir lo mismo.



LUIS GABALDÓN



Ilustraciones de SANCHÁ.

¡Vade rétro!

Viven enfrente de un cura las hermanas Gloria y Paz, dos modelos de hermosura por su arrogante figura y su encantadora faz.

Casi todas las mañanas, al levantar las persianas, si está el cura en el balcón

buscan su conversación las desvencueltas hermanas; y el cura, por no pecar, siempre que se va á acostar castigando su memoria, dice, después de rezar: —¡Aquí paz y después gloria!

MANUEL LASSA Y NUÑO

Carta

que un hombre de humor
dirige, desde la Corte
á un aprendiz de escritor
del partido de Monforte.

Me pides un consejo, caro amigo,
y ser contigo complaciente quiero
y hasta mostrarme espléndido podría.
Otra cosa sería,
si te atrevieses á pedir dinero.
¿Qué te dé mi opinión franca y sincera
sobre ciertas cuestiones?
Eso lo da cualquiera
aun sin tener franqueza ni opiniones;
pues no hay mortal que considere agravio
que le tome su prójimo por sabio.

Sabiendo que yo soy del Mediodía,
me has tomado por *norte*,
ó, si se quiere, por experto guía,
y me consultas la soberbia idea
de abandonar la calma de tu aldea
por el recio bullicio de la Corte,
á pretexto de ser, según te dicen
el médico y el juez y el boticario,
—sabios de campanario—
un joven que promete, y necesita
para ser de la gloria claro espejo,
de más vasto escenario
que el de ese miserable lugarejo
en donde todo genio se marchita.
Para ver si esos sabios del Concejo
han tenido razón en sus razones,
me envías tus primeras producciones.
En apurado trance
me has puesto, vive Dios, mi dulce amigo.
Tú escribes en quintillas y en romance
y manejas la silva y la cuarteta;
pero la inspiración no fué contigo
y tienes de poeta
lo que yo de arzobispo. Francamente,
los que intentan meterte en aventuras,
quizá por tus pasadas travesuras

te quieren malamente,
y alientan tu esperanza
por espíritu estrecho de venganza.

Suponiendo que fueses un portento,
un hombre extraordinario,
como dicen el juez y el boticario,
no te aconsejaría,
sin sentir un atroz remordimiento,
que fiando tan sólo en la poesía,
y en los solos recursos del talento,
vinieses á Madrid tras el dorado
esplendor de la gloria y la fortuna,
y cual otros te vieras condenado
á dormir muchas noches en el Prado
á la luz de la luna... cuando hay luna.

Ya no existen patronas que alimenten
el talento en estado de canuto.
Hoy ya quieren cobrar, y no presienten
si el hombre ha de llegar ó no al proscenio;
y es que se ha presentado mucho bruto
disfrazado de genio,

y en fuerza de *tostadas* é intentonas,
están echando chispas las patronas.
Tú no puedes saber desde tu aldea
lo que tiene esta lucha de execrable,
al ver que es tu enemigo formidable
el que marcha á tu lado en la pelea;
ni podrás comprender que en esta lidia,
el sabio general de alto renombre
del bisoño soldado tenga envidia...

y eso es, mi buen amigo, por que el hombre,
si es escritor, aun siendo de los buenos,
no es imagen de Dios ni mucho menos.
¡La gloria!... Si supieras, dulce amigo,
lo que cuesta alcanzarla,
lejos de ambicionarla
desde el oscuro fondo de tu aldea,
el más santo temor te inspiraría
solamente la idea
de haber pensado en ella un solo día.
Pocos hombres alcanzan sus favores;
y aun aquellos mortales que dichosos
se proclaman un día vencedores,

á despecho de necios, y envidiosos,
llegan al sacro altar, ante la diosa,
marchitos por los fieros desengaños,
la cerviz inclinada ante la fosa...
y viendo, en los sarcasmos del destino,
que por correr en pós de una quimera
se dejaron los más el alma entera,
en las punzantes zarzas del camino...
De lo cual—¡oh, Fulano!—se deduce
que viene á ser la gloria literaria
además de costosa, innecesaria,
porque á nada conduce.

Antes de terminar, una advertencia
te debe mi modestia, que es notoria.
Estas cosas que digo de la gloria,
las sé de referencia;
que yo no la he tratado
ni la he visto de cerca ni de lejos,
ni vislumbre siquiera sus reflejos,
que á tantos infelices han cegado.

Como te hablo en verdad, casi preveo
que el consejo te duela,
y, consultado el caso con tu abuela,
te vengas á Madrid en tren correo.
Y no me extrañaría; pues es fama
que escritor incipiente
es cual enamorado impenitente
á quien dicen horrores de su dama,
y alienta su pasión y su locura
quien del objeto de su amor murmura;
que por más que te asombre,
esa es la triste condición del hombre.

Por si al fin y á la postre te decides
á pasar en la Corte el purgatorio
buscando un porvenir que es ilusorio,
escucha, y no lo olvides,
el último consejo, y terminada
con esto mi misión justo es que sea:
Déjate el corazón en esa aldea,
que en Madrid no te sirve para nada.

Por la copia,

FRANCISCO FLORES GARCÍA

Los coquetones, por F. VERDUGO



—Ya está enfocada la máquina,
póngase usted como quiera.

—De perfil y sonriendo,
qué es como le gusto á ella.